

REFLEJOS

Era 1946. Las calles de Nueva York se hallaban vacías, sin ningún ruido además del repiqueteo de los tacones en la acera. Los pasos se aceleraban al mismo tiempo que su corazón, y de vez en cuando echaba la vista atrás por si aquella criatura aún la perseguía. No hacía ni quince minutos que se había despertado en aquella iglesia sin recordar nada y había echado a correr, no sabía ni cómo ni porqué había acabado allí sin recordar siquiera su nombre, pero en esos momentos le preocupaba más que aquella criatura le alcanzara.

Después de cinco minutos de trote encontró un callejón entre los elevados edificios, y se escondió allí con la respiración alterada. Esperó hasta que el enorme y negro ser pasara de largo.

Se puso contra la pared a esperarlo, y cuando pasó se sintió más tranquila. Por su mente había cabido la posibilidad de atacar al individuo por detrás, pero segundos después se le ocurrió que era una absoluta estupidez, ya que no tenía armas y el ser era mucho más grande que ella.

Pasaron unos minutos y ya se sintió más segura, aunque no se atrevía a salir de su nuevo refugio. Ella no solía tener sueños tan largos ni tan horrorosos, así que asumió que no era un sueño y pensó que podía estar ocurriendo, pero fue en vano. Se recordó a sí misma lo que su abuela de pequeña le había repetido tantas veces hasta la saciedad; cierra los ojos e imagínate oyendo a las constelaciones. Y eso mismo hizo, se sentó y se abrazó las rodillas antes de empezar a tranquilizarse. Un ruido muy fuerte rompió el silencio de la ciudad. Eran muchos pasos, y sonaban exactamente igual que el deforme monstruo que le había perseguido hacía unos minutos. El suelo vibraba, y el respirar de las múltiples criaturas la desconcertó. Miró hacia los lados, y como no tenía más escapatoria, abrió la tapa de una alcantarilla y se introdujo en ella. Era una alcantarilla que se situaba en el final del callejón, era muy estrecho, por lo que por el tamaño de los monstruos, jamás podrían entrar por allí. Todas las tapas tenían un aspecto muy consumido y oxidado, sobre ellas yacía una neblina blanca muy espesa. No se lo pensó dos veces y bajó por las diminutas escaleras.

Allí todo estaba oscuro, y solo se oían a los ratones musitar. Su idea era recorrer gran parte la ciudad por el alcantarillado hasta llegar a un sitio donde el monstruo (o varios de ellos, por lo que había escuchado antes) no la esperara allí, para intentar despistarlo y descubrir qué quería ese ser.

Anduvo muchas horas, y por fin vio una luz que no fuera la de los ojos de las ratas que la estuvieron observando durante todo el camino. Era una tapadera de alcantarilla abierta. Por supuesto, tenía un nivel de desesperación incontrolable y no reparó en que no había nadie más en la ciudad. Y ella no había abierto esa cloaca. Se esforzó en subir las escaleras, pero eran mucho más altas que las anteriores. Cuando se agarró para comenzar a subirlas, notó que la escalera estaba helada. No recordaba ni en qué estación estaba, pero sabía que en invierno era imposible estar, ya que llevaba una camiseta de tirantes con un pantalón muy fino y no había sentido frío. Subió a duras penas, y cuando salió a la superficie tenía las manos enrojecidas por la gélida escalera. Se puso de pie y se dio cuenta de algo. De la escalinata brotaba un camino de hielo hasta adentrarse en una calle. Ahí se dio cuenta de que solo había visto a la criatura en esa ciudad, y que únicamente podría ser su rastro. Decidida, comenzó a andar y seguirle la pista. Acababa en la entrada de una tienda abandonada.

Se le paró el corazón. No podía ser. Era imposible.

Con el corazón encogido decidió entrar, y cuando lo hizo sonaron unas campanitas. La tienda era muy gris, con antigüedades de todo tipo. Ella las conocía muy bien, la antigua tetera floreada, el reloj milenario con agujas de cristal y la figura de la pálida bailarina que donó una señora hace trece años. Temblando, rodeó toda la tienda, hasta que vio que no había nadie. Con pavor, corrió la cortina que separaba la tienda de la trastienda. El ambiente era igual de incómodo que en la estancia anterior. A ella todo le resultaba raro, ya que siempre solía estar llena de gente porque estaba en una avenida muy concurrida llena de turistas. Pero ahora, no había ni un alma. Cuando entró, lo vio. Era una criatura enorme. Más de lo que le había parecido ver cuando estaba intentando cazarla. Tenía un aspecto horrible, negruzco y muy seco, pero estaba de espaldas. Cuando notó su presencia, se giró y aun era más deforme y desagradable. Parecía que estaba podrido. Dio un trago de saliva retrocediendo y le preguntó:

- ¿Qui... Quién eres? - Dijo con el corazón en un puño
- ¿No sabes quién soy? - Tenía una voz muy grave y parecía que necesitara toser. - ¿Ni siquiera te resulto familiar?
- No. - Mientras, la criatura cogió una pequeña taza y empezó a acariciarla.
- Pues te debería sonar. Veo que tus propias convicciones te han funcionado.
- No se a lo que te refieres. Y, por favor, si no me vas a dar ningún tipo de información que me sirva para algo, me tendré que marchar para poder descubrir qué hago aquí.
- Está bien, no te enfades. Al fin y al cabo, cuanto más te enfades más feo me pondré yo. - Dijo mientras acariciaba la taza. - ¿Con esta información te vale? Soy tu. Soy tu reflejo. Soy el reflejo de *tu* conciencia.
- ¿Cómo? Entonces esto no puede ser un lugar real. Es imposible. - Dijo ella confundida.
- Claro que no, estamos en tu mente. Tú intentas escapar de tus propias acciones, por eso mismo te estaba persiguiendo. No puedes huir de mi hasta que reconozcas que la mataste tú. Nunca tendrás la conciencia tranquila, e intentarás escabullirte de mí, pero te perseguiré hasta el final de tus días. Ahora, te devolveré a la realidad, espero que vayas a reconocer tus actos, o este episodio se repetirá día tras día hasta que pierdas la cabeza.

No le dio tiempo a decir nada, y en menos de medio segundo estaba en el juicio de Spensa Griffin, recordando absolutamente todo sobre su vida y a punto de declararse culpable por el crimen que había cometido.

(Reflejos)